

NEW LEFT REVIEW 136

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2022

ARTÍCULOS

PRANAB BARDHAN	La «nueva» India	7
CÉDRIC DURAND	Explorando las fronteras del capital	35
MARIO SERGIO CONTI	Tragicomedia brasileña	49
R. TAGGART MURPHY	Los legados de Shinzo Abe	61
PETER WOLLEN	Brecht en Los Ángeles	81
BENJAMIN KUNKEL	Estrategias de la crítica	93
EMILIE BICKERTON	El cine polifónico de Cantet	111

ENTREVISTA

PIERRE VILAR	La historia en construcción	131
--------------	-----------------------------	-----

CRÍTICA

JOHN-BAPTISTE ODUOR	Consecuencias de la segregación	147
PATRICIA McMANUS	Travesías atlánticas	161

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CÉDRIC DURAND

EXPLORANDO LAS FRONTERAS

DEL CAPITAL

*Respuesta a «Crítica de la razón tecnofeudal»
de Evgeny Morozov*

EVGENY MOROZOV HA aportado una saludable crítica a las recientes propuestas de conceptualizar las relaciones sociales de la economía digital por analogía con las existentes en la era feudal, lo cual presupone que los usuarios de la web se hallan supuestamente atados como siervos a los dominios ineludibles de los barones de la tecnología. Su «Crítica de la razón tecnofeudal» ofrece una revisión sistemática del lenguaje feudal contemporáneo considerado un pantano discursivo en el que, a tenor de su acusación, «a la izquierda le cuesta diferenciarse de la derecha»: neoliberales como Glen Weyl y Eric Posner, así como neo-reaccionarios como Curtis Yarvin y antiprogresistas como Joel Kotkin, vendrían a articular la misma crítica «neofeudal» o «tecnofeudal» que Yanis Varoufakis, Mariana Mazzucato, Robert Kuttner o Jodi Dean. El hecho de que los pensadores radicales hayan abrazado el imaginario feudal como una estratagema retórica vistosa y compatible con los memes, Morozov argumenta, es un testimonio no de competencia mediática, sino de debilidad intelectual, «como si el marco teórico de la izquierda ya no pudiera dar sentido al capitalismo sin movilizar el lenguaje moral de la corrupción y la perversión». Al desplazar su atención de las relaciones capitalistas reales a las reminiscencias del feudalismo, estos autores y autoras se arriesgan a dejar escapar su presa para perseguir una sombra, abandonando su ángulo de ataque más original y eficaz contra las relaciones socioeconómicas de explotación: su sofisticado aparato político-teórico anticapitalista¹.

¹ Evgeny Morozov, «Crítica de la razón tecnofeudal», *NLR* 133/134, marzo-junio 2022, pp. 99-101.

Al definir sus términos –lo que hace que el «capitalismo» sea capitalismo y que el «feudalismo» sea feudalismo–, Morozov se remonta a los debates de la década de 1970 y, en particular, a la crítica de Robert Brenner al libro de Immanuel Wallerstein *The Origins of the Modern World System* (1974)². En opinión de Morozov, la distinción efectuada por Brenner entre los dos modos de producción –uno basado en el conjunto de compulsiones económicas que obligan a los capitalistas a acumular a través de la innovación y a los trabajadores desprovistos de propiedad a buscar trabajo asalariado, mientras que el otro recurriría a la apropiación señorial a través de la coerción feudal–, si bien es «elegante y coherente», debería descartarse en favor de la noción «analíticamente más confusa» pero intuitivamente convincente de Wallerstein, quien postula un sistema-mundo capitalista construido sobre la transferencia coercitiva de plusvalor de la periferia al centro del mismo. Aunque el capitalismo siempre ha dependido de un cierto grado de apropiación extraeconómica, no hay necesidad de describir los usos monopolísticos de los gigantes digitales o la redistribución de la riqueza impulsada por el Estado hacia los estratos más ricos de la población como fenómenos ajenos al capitalismo. Además, Morozov argumenta que las grandes empresas tecnológicas son, de hecho, productivas: ¿por qué invertirían Alphabet y Amazon decenas de miles de millones de dólares en I+D, si no fuera para «acumular a través de la innovación»?³.

Morozov tiene el mérito de ir más allá de la discusión de las ambigüedades conceptuales presentes en los nuevos usos del término «feudalismo» para desafiar el núcleo de la hipótesis tecnofeudal: la idea de que «hay algo en la naturaleza de las redes de información y datos que empuja a la economía digital en la dirección de la lógica feudal de la renta y la desposesión en lugar de hacerlo en la dirección de la lógica capitalista del beneficio y la explotación». Lamentando una «falta de claridad analítica», sostiene que no es necesario invocar el feudalismo: «El capitalismo se mueve en la misma dirección de siempre, aprovechando cualquier recurso que pueda movilizar: cuanto más barato, mejor». No está escrito, afirma, que las actuales tendencias redistributivas hacia arriba vayan a prevalecer sobre las productivas. Pero ello no es razón para creer que el

² Robert Brenner, «The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism», *NLR* 1/104, julio-agosto de 1977; Immanuel Wallerstein, *The Origins of the Modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Nueva York y Londres, 1974; ed. cast.: *El moderno sistema mundial*. Madrid, 1979.

³ E. Morozov, «Crítica de la razón tecnofeudal», cit., pp. 112-113, 121.

tecnocapitalismo sea «un régimen más agradable, más acogedor y más progresista» que el tecnofeudalismo. Al contrario, concluye Morozov, «al invocar vanamente el segundo, nos arriesgamos a blanquear la reputación del primero»⁴.

Riesgos de la innovación teórica

Estos puntos son sólidos. Si Morozov estuviera en lo cierto cuando dice que las tendencias productivas de la economía digital pueden llegar a prevalecer sobre las redistributivas hacia arriba, entonces toda la crítica de su dinámica depredadora que desarrollé en *Tecnofeudalismo* no sería más eficaz que la embestida de Don Quijote contra los molinos de viento⁵. Peor aún: al elegir el combate equivocado, tal crítica ya no sería susceptible de denunciar el capitalismo tal y como normalmente funciona en la era digital. Tal eventualidad sería sin duda preocupante, pero antes de pasar al meollo de la discusión hay que hacer una observación lógica preliminar al respecto. El intento de abordar críticamente lo que se percibe como una transformación del modo de producción no invalida necesariamente la crítica anterior en la que se basa y a la que pretende reemplazar. La crítica del sector digital construida bajo la adscripción del término «tecnofeudalismo» es totalmente compatible con los análisis de la globalización y la financiarización en tanto que dinámicas que operan simultáneamente. No hay que amedrentarse a la hora de reflexionar sobre estos cambios; no hay ninguna razón por la que la exploración de las dinámicas específicas de la economía digital deba desembocar en el blanqueo del capitalismo o el entusiasmo por las virtudes productivas de la competencia.

Es importante tener en cuenta que lo anterior es cierto tanto si se demuestra que la hipótesis tecnofeudal es correcta como si no. Si es errónea, o

⁴ *Ibid.*, p. 140

⁵ Véase mi *Tecnofeudalismo: critique de l'économie numérique*, París, 2020 [ed. cast.: *Tecnofeudalismo. Crítica de la economía digital*, Buenos Aires y Tafalla, 2021]. Agradezco la oportunidad de aclarar mis argumentos aquí; desde la publicación del libro, las discusiones con los críticos me han ayudado a afinar las tesis del mismo. Aunque sus argumentos siguen caminos diferentes, la crítica de Morozov se alinea con la de Sterenn Lebayle y Nicolas Pinsard, que también sostienen que el análisis del sector digital debe «anclarse» en la lógica del modo de producción capitalista y, en particular, en su dinámica imperialista. Véase Sterenn Lebayle y Nicolas Pinsard, «L'économie numérique: une involution du mode de production capitaliste? À propos de l'ouvrage *Tecnofeudalismo. Critique de l'économie numérique* de Cédric Durand», *Revue de la régulation*, núm. 30, 17 de mayo de 2021.

si la dinámica depredadora del sector digital es solo incipiente o aún no se ha realizado, entonces la crítica anticapitalista marxista moderna existente conserva su validez como desafío al estado actual del mundo. Si, por el contrario, *se está* produciendo una mutación cualitativa del capitalismo, que modifica las leyes de movimiento del sistema socio-económico con rasgos que recuerdan al feudalismo, este nuevo aparato conceptual nos permitirá captar y combatir las formas emergentes de dominación social. Ninguno de los dos escenarios requiere un elogio nostálgico del «viejo buen capitalismo» del pasado. Como en la apuesta de Pascal, «si ganas, lo ganas todo; si pierdes, no pierdes nada».

A diferencia de la existencia de Dios, sin embargo, las características de un modo de producción pueden ser investigadas teórica y empíricamente por medios racionales. Como subraya acertadamente Morozov, cualquier investigación situada en las fronteras del capitalismo, pasado o futuro, debe empezar por abordar un problema de definición. Propongo ir más allá de la simple dicotomía entre una definición estrecha y brenneriana del capitalismo, que postula que las relaciones de propiedad desencadenan relaciones de producción, y una visión predominantemente comercial y braudeliana del mismo, que vería en él un sistema de intercambio «infinitamente adaptable» orientado a la acumulación. Si bien es cierto que la elasticidad de este segundo planteamiento permite una mayor flexibilidad a la hora de dar cuenta de las variaciones histórico-geográficas del capitalismo y de la diversidad de sus medios de acumulación de riqueza –en particular, la pervivencia de procesos de acumulación primitiva–, la visión brenneriana capta mejor el singular impulso productivo de este modo de producción.

Esta polaridad es útil para aclarar todo aquello que la «refeudalización» no es. Los síntomas que he venido denominando «tecnofeudales», aun reconociendo, por supuesto, que el isomorfismo con la Europa y el Japón medievales es distante e incompleto, presuponen un punto muerto productivo a escala del sistema-mundo de tal manera que la rentabilidad del capital ya no puede lograrse a través de la producción de mercancías básicas en masa, sino que requieren la intervención política (para garantizar monopolios, respaldar la financiarización especulativa, etcétera). Este punto muerto o estancamiento de todo el sistema es totalmente diferente de los casos en los que las finanzas se han retirado de la producción nacional para invertir en centros capitalistas más dinámicos situados en otros lugares, como fue el caso de las Provincias Unidas de

los Países Bajos en los primeros años del capitalismo, por ejemplo o, de hecho, en el caso de la Gran Bretaña imperial. Las Provincias Unidas disfrutaron de una época dorada de prosperidad en el siglo XVII, pero su avanzada estructura económica no se convirtió en la plataforma de lanzamiento de una temprana revolución industrial; sin embargo, tampoco se produjo «refeudalización» alguna, ni la restauración de las relaciones de apropiación señorial de la tierra⁶. Para explicar este comportamiento es preciso dar cuenta tanto de la expansión capitalista neerlandesa de principios de la modernidad, como de su posterior bloqueo a escala nacional. En cuanto al primer punto, parece claro que la transformación *a priori* en el lugar de producción jugó un papel crucial en el florecimiento mercantil de los Países Bajos⁷. Más tarde, sin embargo, el predominio de las finanzas, junto con la persistencia de las barreras proteccionistas a escala local, se convirtió en un serio obstáculo para el desarrollo capitalista nacional, que, por el contrario, perpetuó una aristocracia monetaria bien integrada en los circuitos internacionales, que contribuyó a la transición industrial-capitalista de Inglaterra y se benefició de ella.

En términos teóricos, lo esencial es que, por un lado, el involucramiento en la producción en un contexto competitivo es una característica definitoria del impulso expansivo del capitalismo; y por otro, que la refeudalización requiere algo más que un repliegue de la producción en favor de las finanzas o el comercio (cuya contrapartida se encuentra necesariamente en los desarrollos productivos verificados en otras partes del sistema-mundo). La refeudalización requiere la retirada *generalizada* de la producción en tanto que lugar de apropiación del plusvalor, que no constituye un efecto colateral producto de la aceleración del capitalismo en otros lugares. El tecnofeudalismo, para volver al problema que nos ocupa, indica, por lo tanto, algo más que la financiarización derivada de la distribución geográfica de los beneficios a través de la globalización por medios digitales. Implica, *mutatis mutandis*, una reiteración positiva de las relaciones de apropiación política o coercitivamente implementadas, que caracterizaron al feudalismo en su momento.

⁶ Véase Pepijn Brandon, «Marxism and the “Dutch Miracle”: The Dutch Republic and the Transition-Debate», *Historical Materialism*, vol. 19, núm. 3, 2011.

⁷ Esto coincide con la posición brenneriana según la cual los cambios en las relaciones de propiedad tienen una precedencia lógica sobre el comercio en el despegue de la acumulación capitalista sostenida, aunque Brandon también insiste en la importancia de la interacción entre el desarrollo rural y el urbano en el caso holandés.

Socialización regresiva

Al reclamar una mayor claridad analítica, Morozov nos pide que «identifiquemos los rasgos clave del sistema feudal y examinemos si podrían estar repitiéndose en la actualidad». En otras palabras, los rasgos que llamamos «tecnofeudales» deben definirse no solo en términos de feudalismo, sino también en términos del capitalismo del que surge. En las sociedades de clases, un modo de producción es siempre una combinación particular de, en primer lugar, un proceso de trabajo —es decir, trabajadores que, ya sean autónomos o subordinados, utilizan los instrumentos de producción y transforman los objetos de su trabajo— y, en segundo, una relación de apropiación, es decir, los métodos por los que los no productores captan una parte del plusvalor económico. Los modelos organizativos de estas relaciones varían según el modo de producción, lo que a su vez genera distintas dinámicas económicas, sociales y políticas.

En estos términos, el medievalista francés Guy Bois captó el modo de producción feudal en una sola fórmula: «Es la hegemonía de la pequeña producción individual (y, por lo tanto, del nivel de fuerzas productivas que esta hegemonía implica), más la exacción señorial asegurada por una coacción de origen político (o extraeconómico)»⁸. Esta concisa definición permite situar críticamente el tecnofeudalismo en relación con el feudalismo. Por un lado, nuestras formas contemporáneas no son claramente «feudales» en el sentido de la primera parte de la definición de Bois: la pequeña producción individual. No ha habido en el siglo XXI ninguna involución en la división del trabajo ni una retracción de la cooperación social en la producción. Al contrario: el tecnofeudalismo es el resultado de lo que Ernest Mandel definió en su día como la «creciente socialización objetiva del trabajo», que ha sido «la tendencia histórica básica del desarrollo capitalista desde la Revolución Industrial en adelante»⁹. Cada minuto de nuestra vida está inmerso en esta tensa red de interdependencias productivas en las que participamos de formas realmente sofisticadas, redes que nos permiten comer alimentos cultivados y transportados por otros, mantenernos calientes gracias a centrales eléctricas que otros construyen y gestionan o comunicarnos a través de redes electrónicas o formularios

⁸ Guy Bois, «Crise du féodalisme: économie rurale et démographie en Normandie orientale du début du XIV^e siècle au milieu du XVI^e siècle», *Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques*, núm. 202, 1976, p. 355.

⁹ Ernest Mandel, «In Defence of Socialist Planning», *NLR* 1/159, septiembre-octubre de 1986, p. 6.

impresos en cuyo mantenimiento no intervenimos. La parte creciente de nuestras vidas que pasamos conectados a Internet no hace sino aumentar la complejidad de esos vínculos sociales.

Por otro lado, el núcleo de la hipótesis tecnofeudal es que, contra las esperanzas de la izquierda, esta socialización ha asumido un carácter regresivo. Esta posibilidad fue prevista en cierta medida por Balibar, quien ha argumentado que el proceso de mercantilización en curso ha ido cruzando sucesivos umbrales, reinventando continuamente en tanto que «mercancías ficticias» formas tales como la salud, la educación, el conocimiento, el arte, el entretenimiento, el cuidado, los sentimientos, etcétera. Esta mercantilización general y omnicomprendiva es una «subsunción total», que se traduce en una pérdida total de la identidad y la autonomía personales, ya que las lógicas y los condicionamientos del mercado dominan cada vez más la calidad y la cantidad de la vida humana. La tendencia, escribe Balibar, es que «ninguna forma de vida –como el libre albedrío, la actividad, la pasividad, incluso la muerte– pueda vivirse fuera de la forma mercancía y de la forma valor que es, de hecho, un momento del proceso de valorización del capital»¹⁰.

La tesis de Balibar capta con precisión el potencial regresivo de la socialización. Sin embargo, su énfasis en la mercantilización lleva a descuidar otras formas de socialización, especialmente la que se refiere al modo en que la digitalización ha alterado la calidad de las transacciones y de la coordinación. Aunque las actividades digitales flotan en un océano de dinero, no están mercantilizadas a la manera tradicional. La mayoría de los servicios ofrecidos por Google o Facebook solo se mercantilizan en un nivel secundario, a través de la venta de publicidad a las empresas que desean acceder a sus usuarios. Por lo tanto, en lugar de concebir las actividades digitales como si estuvieran regidas por una lógica de consumo, deberíamos verlas como determinadas, en un primer nivel, por una lógica de acceso, cuyo correlato es el grado de inserción de cada uno en un bucle algorítmico de propiedad privada. Las plataformas digitales son ecosistemas; su función es manipular las interacciones sociales en función de patrones de comportamiento que detectan entre personas no relacionadas entre sí. Su producto –informar o guiar al usuario– y su

¹⁰ Étienne Balibar, «Towards a New Critique of Political Economy: From Generalized Surplus-value to Total Subsumption», en Peter Osborne, Éric Alliez y Eric-John Russell (eds.), *Capitalism: Concept, Idea, Image: Aspects of Marx's Capital Today*, Londres, 2019, pp. 40-45.

insumo –la información que el usuario proporciona– son indistinguibles. Esto se aplica no solo al caso de alguien que introduce un término de búsqueda o utiliza un servicio de navegación, sino también, por ejemplo, a un proveedor cuyo inventario se introduce como entrada en el sistema de información de Walmart y cuyas carteras de pedidos se determinarán por los datos que allí figuran.

Cuanto más amplia sea la red de usuarios, más eficaz será el servicio prestado, lo cual incentiva al proveedor de servicios digitales a ofrecer una plataforma abierta a la que los usuarios puedan acceder gratuitamente o, al menos, en condiciones atractivas, para atraer así al mayor número de ellos, lo cual da lugar a una dinámica de escala acelerada, que fortalece la posición del proveedor: el motor de búsqueda dominante es también el que mejor funciona, debido a su propio predominio. Siguiendo la misma lógica, Amazon y Walmart permiten que un enorme número de terceros venda productos en sus plataformas, lo cual les beneficia tanto directamente –mayores volúmenes de ventas, debido a una mayor base de clientes– como indirectamente al permitirles reunir más datos y ampliar sus capacidades algorítmicas.

Si bien es cierto que el valor de los datos se deriva en parte de las economías de escala (el mero volumen de información recopilada), se materializa a través de «la capacidad de procesarlos, analizarlos y utilizarlos para inducir comportamientos en otros»¹¹. A diferencia de los bienes comercializables, cuyo valor de cambio está respaldado por determinado valor de uso, el negocio de los datos tiene que ver ante todo con el control. Esto incluye la capacidad de anticiparse a las pautas e influir en su desarrollo, lo que también está en función del alcance y la cantidad de datos recopilados. Como insumos para la coordinación algorítmica, los datos hacen que las transacciones sean más eficaces, pero al mismo tiempo más sesgadas por criterios, en gran medida ocultos, integrados en la arquitectura de las plataformas digitales. La implicación es clara y directa. Si el resultado final es un monopolio intelectual efectivo por parte de las grandes tecnológicas de los medios de coordinación socioeconómica, entonces debemos conceptualizar los ingresos que obtienen de su posición dominante como una tasa o un impuesto sobre la actividad del usuario. Como forma de ingreso, esto está mucho más cerca de un peaje de carretera, o de lo que Guy Bois llamó «la tasa señorial» que de un pago de contrapartida en un intercambio de mercado.

¹¹ Katharina Pistor, «Rule by Data: The End of Markets?», *Law & Contemporary Problems*, núm. 83, 2020, p. 106.

Es cierto que hay una vulnerabilidad en este modelo «rentista». Quien vive de la expansión viral perecerá por la expansión viral. ¿Quién se acuerda ahora de MySpace, la red social pionera y el sitio web más visitado en Estados Unidos en 2006, antes de que fuera marginado por el auge de Facebook? Los servicios digitales son mercados disputados en los que los patrones de innovación schumpeterianos alimentan la destrucción creativa, obligando a quien ocupa la posición predominante a invertir e innovar para hacer frente a estas amenazas competitivas. A esto se refiere Morozov cuando se pregunta: «Si los gigantes tecnológicos son realmente rentistas holgazanes que están estafando a todo el mundo al explotar los derechos de propiedad intelectual y los efectos de red, ¿por qué invierten tanto dinero en lo que solo puede describirse como producción de algún tipo?». Hay que admitir que es difícil comprender los detalles de las rentas derivadas del monopolio intelectual en la era digital. Después de todo, estamos hablando de los sectores más dinámicos e innovadores de la economía del siglo XXI. Muchas de las empresas emblemáticas del sector tecnológico eran empresas recién creadas hace un par de décadas; su ascenso a la cúspide del capitalismo es el resultado de una inversión sostenida tanto en I+D como en infraestructura física. Algunas, como Amazon o Uber, solo han conseguido obtener beneficios recientemente.

Morozov está en lo cierto al tener en cuenta estas características productivas –o cuasi productivas– de la economía digital, pero estas no son razón para ignorar las relaciones emergentes, cuya rápida difusión está creando un paisaje socioeconómico totalmente novedoso caracterizado por nuevas marcas. Estamos en presencia de un mecanismo de causalidad acumulativa, según el cual los potenciales monopolistas intelectuales invierten e innovan para acumular activos intangibles que generan formas de control social. Como señala un estudio reciente, la expansión sistemática de su monopolio del conocimiento otorga a estas empresas una fuente de poder potencialmente ilimitada, que puede dar lugar a intercambios de mercado desiguales o asimétricos¹². La recopilación de datos es una dimensión clave de este proceso; y aunque, como hemos visto, el mero volumen de datos no es el único criterio, la escala representa una barrera de entrada casi insuperable para las empresas más pequeñas, especialmente cuando los activos intangibles se complementan con activos tangibles masivos. Si bien es cierto que el monopolio intelectual pretende imponer el control a través de la manipulación de

¹² Cecilia Rikap, *Capitalism, Power and Innovation: Intellectual Monopoly Capitalism Uncovered*, Nueva York, 2022, pp. 26-27.

los activos intangibles, esto dista mucho de ser un proceso inmaterial. Asegurar la infraestructura física pertinente es una condición previa para la hegemonía sobre el conocimiento. La computación en la nube –el actual santo grial para la monopolización intelectual– requiere vastos centros de datos concentrados dotados de potentes procesadores de aprendizaje automático, así como hileras de discos duros para almacenar los datos procesados y un millón de kilómetros de cable de banda ancha para transportar los datos por todo el mundo.

Curiosamente, no son los datos como tales, sino las métricas de los usuarios –número de personas, grados de compromiso– las que sirven de base para la generación de activos de las grandes empresas tecnológicas estadounidenses¹³. Los usuarios, a su vez, se constituyen a través de una serie de elecciones tecnológicas y sociojurídicas y se convierten en una nueva clase de activos, porque son la materia prima a través de la cual los gigantes tecnológicos crean y controlan los datos que les permiten generar ingresos. La calidad y la cantidad de la participación de los usuarios (personas en sus diversos roles sociales que se conectan al mundo en línea, o que alimentan pasivamente con datos a los satélites desde el teléfono que llevan en el bolsillo) también dependen de una mezcla de activos tangibles e intangibles. La singularidad de la obtención de beneficios en el negocio de los datos no reside en la cantidad de productos vendidos ni en su margen de beneficio, sino en el espacio social que se halla bajo el control de la empresa.

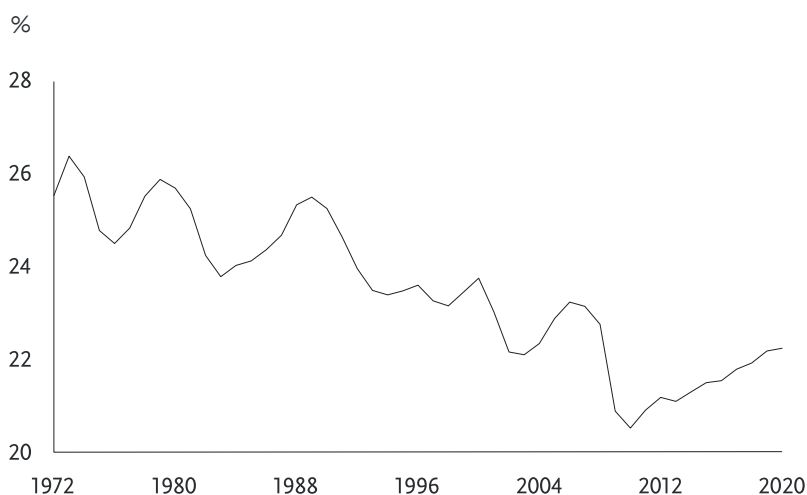
Las consecuencias de la larga recesión

La pregunta final de Morozov –la de si la dinámica redistributiva hacia arriba del capitalismo contemporáneo acabará resultando más determinante que la productiva– toca el hecho esquemático que ha impulsado la hipótesis tecnofeudal. El escepticismo de Morozov es sorprendente, sin embargo, ya que se trata de una de las características menos discutidas de las economías capitalistas avanzadas. El gráfico 1 muestra la tendencia secular a la disminución de la inversión en los países de la OCDE durante el último medio siglo, hecho que ilustra el largo declive del capitalismo. Esta falta de dinamismo ha ido acompañada de un aumento generalizado de las disparidades de renta. De acuerdo con la World

¹³ Kean Birch, D. T. Cochrane y Callum Ward, «Data as Asset? The Measurement, Governance, and Valuation of Digital Personal Data by Big Tech», *Big Data & Society*, vol. 8, núm. 1, 2021, p. 2.

Income Database, en 1980 la cuota de los ingresos del 1 por 100 más rico era del 10,8 por 100 en América del Norte y del 8,4 por 100 en Europa Occidental; en 2020, estos porcentajes habían aumentado al 19,4 por 100 y al 11,8 por 100, respectivamente. También resulta evidente que se ha verificado una disminución significativa de la participación del trabajo en la renta desde principios de la década de 1980 en la mayoría de los países, lo que corresponde a un aumento general de la tasa de explotación que ha sido especialmente drástico en Estados Unidos¹⁴.

FIGURA 1: *Inversión fija como porcentaje del PIB en los países de la OCDE (1972-2020)*



Fuente: OCDE

Todas las evidencias apuntan a fuertes tendencias redistributivas hacia arriba y a una dinámica productiva sombría. La verdadera cuestión es cómo explicar esto. Como se ha señalado anteriormente, la hipótesis tecnofeudal complementa otras explicaciones, como la globalización y la financierización. Aunque todavía no disponemos de estadísticas o metodologías adecuadas para probar de forma rigurosa y exhaustiva los diversos mecanismos de monopolio intelectual que hemos identificado¹⁵, otros factores

¹⁴ Engelbert Stockhammer, «Determinants of the Wage Share: A Panel Analysis of Advanced and Developing Economies», *British Journal of Industrial Relations*, vol. 55, núm. 1, 2017, pp. 3-33.

¹⁵ Cédric Durand y Cecilia Rikap, «Intellectual Monopoly Capitalism-Challenge of Our Times», *Social Europe*, 5 de octubre de 2021; Cédric Durand y William Milberg, «Intellectual Monopoly in Global Value Chains», *Review of International Political Economy*, vol. 27, núm. 2, 3 marzo de 2020, pp. 404-429.

corroboran la idea de un cambio histórico en la lógica de la competencia intercapitalista. En primer lugar, los beneficios «convencionales» están cada vez más concentrados. En Estados Unidos, los beneficios obtenidos por el decil superior aumentaron, pasando de suponer un factor de 2,1 de los beneficios medianos en la década de 1970 a representar un factor de 6 en 2017, una tendencia que se ha exacerbado desde 2000¹⁶.

En segundo lugar, cuando consideramos los activos totales —es decir, incluyendo los activos financieros y los intangibles— esta divergencia desaparece; pero lejos de resolver el rompecabezas, ello plantea preguntas intrigantes. Por un lado, el creciente peso del capital financiero retenido como recursos de tesorería sugiere una falta de oportunidades de inversión. Por otro, el hecho de que las empresas con los mejores índices de beneficios operativos también posean unas reservas de activos intangibles especialmente grandes sugiere que sus estrategias de crecimiento se basan cada vez más en la adquisición de empresas existentes. Esta evolución es coherente con el diagnóstico de un capitalismo disfuncional en el que la centralización del capital se produce a través de procesos de deprecación desconectados en gran medida de las actividades productivas, es decir, en virtud de la lógica de la apropiación del excedente en la hipótesis tecnofeudal. Tanto la rentabilidad sostenida de Walmart gracias a su giro digital (a pesar de la disminución de la inversión), como la decisión de Amazon de ampliar los servicios a terceros a fin de apalancar los costes fijos ilustran esta nueva dinámica en la que el control de los medios de coordinación genera ingresos que tienden a sustituir la obtención de beneficios a través de la producción y las ventas¹⁷.

Respondiendo a Morozov en «Capital y cibernética», Timothy Ström avanza la idea de que el sector cibercapitalista puede concebirse como un sistema totalmente nuevo, que introduce un modo de abstracción nunca visto y opera «como una fina capa, extendida de forma desigual por el sistema-mundo capitalista, que se superpone a patrones más antiguos de

¹⁶ Leila Davis y Joao Paulo de Souza, «Churning and Profitability in the US Corporate Sector», *Metroeconomica*, 2021. Gracias a Joel Rabinovich por indicarme esta referencia. Entre los trabajos anteriores que muestran la concentración de beneficios, véase Jason Furman y Peter Orszag, «A Firm-Level Perspective on the Role of Rents in the Rise in Inequality», en *Toward a Just Society*, Nueva York, 2018, pp. 19-47; David Autor *et al.*, «The Fall of the Labor Share and the Rise of Superstar Firms», *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 135, núm. 2, 2020, pp. 645-709.

¹⁷ Céline Baud y Cédric Durand, «Making Profits by Leading Retailers in the Digital Transition: A Comparative Analysis of Carrefour, Amazon and Walmart (1996-2019)», *Working Paper UNIGE*, núm. 153880, 2021.

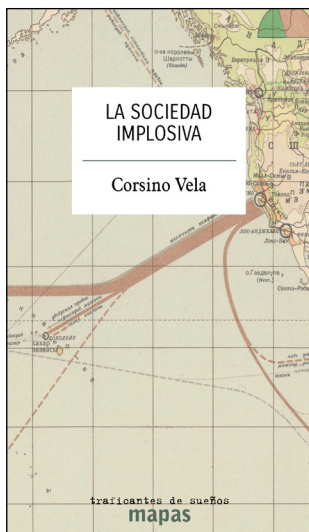
práctica social»¹⁸. Esta perspectiva, que recuerda a *The Stack*, el concepto desarrollado por Benjamin Bratton para entender las complejidades superpuestas del sistema-mundo, sugiere la existencia de un nuevo ámbito dotado de nuevas reglas para proceder a la apropiación del plusvalor. Este comportamiento dinámico es coherente con los inquietantes hechos sintetizados, que he presentado previamente en relación con la rentabilidad, la inversión y las desigualdades. ¿Seguimos viviendo en un viejo e infame sistema capitalista o en uno nuevo y perverso? La respuesta sigue siendo empíricamente incierta, pero depende en última instancia de una cuestión de umbral. Cuando la apropiación supere la explotación capitalista, el sistema habrá mutado. ¿O acaso ya lo ha hecho?

¹⁸ Timothy Erik Ström, «Capital y cibernética», *NLR* 135, julio-agosto de 2022, p. 35.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



La sociedad implosiva

Corsino Vela

Colección: map 75

PVP: 12 €

La sociedad implosiva defiende una tesis atrevida: el capitalismo ha entrado en una fase terminal, seguramente definitiva. La crisis civilizatoria no es, por tanto, un horizonte de futuro; es nuestra realidad presente. Escrito en forma de breves tesis, las cerca de setecientas aseveraciones que nos ofrece este volumen analizan con solidez teórica los pilares del sistema capitalista, para llegar a la conclusión de que, incapaz ya de cumplir los propósitos que el mismo sistema estima como básicos, contemplamos ahora su progresiva degradación. Esto supone la emergencia de nuevos paradigmas económicos y políticos de dominación, pero también la formación de renovadas comunidades igualitarias surgidas del antagonismo al trabajo asalariado y de la autonomía de las luchas. En cualquier caso, el reto para la población proletarizada de todo el planeta consiste en saber enfrentar el colapso del capitalismo sin retomar los caminos trillados de una izquierda que comparte demasiado con aquello que ahora es necesario superar.